

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NÚMERO 7800.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 3 pesetas; tres meses, 8 id.—PROVINCIAL, tres meses, 7-50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11-25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. LORRA, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JONES, 2, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que rebote, salvo el caso de obligación legal.—Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.
Números sueltos 15 céntimos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS. 4.

JUEVES 17 DE NOVIEMBRE DE 1887.

SOCIEDAD ANÓNIMA DE AGUAS DE SANTA BARBARA.

Constituido definitivamente el Consejo de Administración por la Junta general reunida el día 13 del presente mes, invita á las personas que gusten cooperar á tan útilísima empresa á que concurren á las oficinas de la Sociedad, calle del Aire, 20, principal, donde se admiten suscripciones.

Hallándose ya en Cartagena el Gerente D. Eduardo Balenciart queda igualmente abierta la suscripción en dicha oficina, para abonarse al consumo de agua á domicilio.

Cartagena 14 de Noviembre de 1887.
—P. O., El Secretario, Federico Torralba Pedreño.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

III.

(Conclusión.)

Avanzaron los numantinos hasta encontrarlos y les obligaron á refugiarse en una estrechura donde no le quedaba otra alternativa que morir ó entregarse, en este apuro el cónsul Masin pidió la paz y aunque no faltaba generosidad á los de Numancia para otorgársela quisieron que para ajustar esta paz viniese á intervenir en ella el censor Tiberio Graco, y habiéndolo hecho éste así se concertó que Numancia sería en adelante y para siempre ciudad independiente y libre y además el ejército romano entregaría á los numantinos todas las armas, badajes, máquinas de guerra, dinero y alhajas que tuvieran. Desde luego se comprende que esta paz tenía que parecer bien al ejército que veía que era el único medio de no morir todos ellos, pero el Senado que estaba lejos del lugar de los hechos y que por tanto no sufría penalidades de ninguna clase, desaprobó la paz no bastando á convencerle los ruegos de Graco ni las explicaciones que éste le diera respecto á las condiciones en que había sido ajustada, pero esto no fué obstáculo de ninguna clase y Roma declaró de nuevo la guerra á Numancia, si bien castigó severamente á Mancino: mandó entregar á los de Numancia, desnudo y atado de pies y manos, los numantinos no lo admitieron en su ciudad y reclamaron de Roma que ya que se había roto el tratado de paz volviesen las cosas al estado en que se encontraban al ajustarlo. Dicha petición justa á todas luces fué negada por Roma.

Llevaba Numancia vencidos tres cónsules en tres años, cuando fué nombrado en reemplazo del desventurado Mancino; Emilio Lepido (137) el que bajo pretexto de que durante la guerra habían abastecido á los de Numancia acometió á los vacceos y puso sitio á Palencia.

Los palentinos no solo le obligaron á levantar el sitio si no que le hicieron una excursión en su campo y le mataron hasta 6.000 hombres. Dos legados venidos de Roma le ordenaron se dejase de combates con ninguno otro pueblo y pusiese toda su atención en Numancia; pero Numancia vió pasar un año más y Emilio Lepido regresó á Roma sin haber obtenido de su campaña más que la derrota de Palencia.

A éste le reemplazó Lucio Fubio Plilón (136) el que no hizo otra cosa que ejecutar el castigo impuesto á Mancino, indisponerse con sus soldados y con templanza á Numancia.

Al terminar su año de consulado nombraron para sustituirle á Calpurnio Pisón (135) que se retiró á invernar en la Carpetania y contribuyó á la relajación de la disciplina en el ejército romano.

Consecuencia natural de haber vencido Numancia tantos cónsules y ejércitos fué el que en Roma no se atreviesen ni aún á pronunciar el nombre de esa ciudad y que por algunos llegase á llamarla el terror de la república y por lo tanto que no encontrasen ni á un general que se pusiese al frente del ejército. El Senado en esto apuróle conferir este cargo al mismo que había destruido á Cartago ó sea á Scipión Emiliano llamado el Africano, el que trajo consigo 4000 voluntarios, (134) y con quinientos de ellos escogidos entre las familias más principales, formó una especie de guardia de honor llamada «la cohorte de los amigos». Habiendo hallado vicioso y corrompido al ejército, desterró de él á todos los chalanes, mujerzuelas (que ascendían á dos mil) y demás gentuza, suprimió las cómodas camas en que dormían los soldados y les obligó á ejecutar maniobras militares que él mismo presenciaba, y castigaba con gran crueldad la más pequeña falta; además llevó á su ejército á que hiciese correrías por el vecino país de los vacceos, y con estos ejercicios y correrías se entretuvo casi todo el invierno, hasta que volvió de nuevo sobre Numancia. Llegada por fin la primavera (133) formalizó Scipión el sitio de la ciudad con 60.000 hombres disciplinados á su gusto y ni aún con su ejército aceptó ni una sola vez la lucha á que los numantinos lo provocaron en su desesperación, siguiendo prudentísimamente su plan de ataque que consistía únicamente en sitiarnos por hambre y al efecto hizo construir fosos, vallados, palizadas, fortalezas, torres, etc., y para que por el río no les entrasen provisiones le atravesó en todo el ancho una cadena de gruesas vigas llenas de puntas de hierro, con lo que no solo las barcas sino ni los buzos podrían pasar sin evitar el riesgo de clavarse en las estacas.

Hechos todos estos preparativos, no menores por cierto que los que hubiese empleado Anibal para la toma de

Roma, los numantinos viendo ya que no les quedaba más remedio que morir de hambre ó matando, resolvieron que algunos saliesen con objeto de intentar pasar la línea enemiga y pedir auxilio á los demás españoles. Un tal Retogenes Carannio, que con cuatro numantinos se atrevió á escalar las fortificaciones romanas y degollando á cuatro enemigos que se encontraron á su paso, franquearon la línea enemiga y se dirigieron á pedir auxilio á sus vecinos los arevacos. Hizoles una pintura de la situación de Numancia y de las vicisitudes porque había pasado y como viera que éstos se conmovían y derramaban lágrimas les dijo Retogenes: «No lágrimas; brazos es lo que necesitamos y os venimos á pedir,» esto no obstante, solo hubo una ciudad llamada Lutia, que se atreviese á arrostrar las iras de los romanos. Desgraciadamente para Numancia, el sacrificio de Neumancia le fué poco provechoso, pues avisado oportunamente Scipión, cayó sobre ellos y los venció, habiéndose hecho entregar cuatrocientos jóvenes y con la crueldad que caracteriza aquella época, les hizo cortar las manos. Este hecho hizo perder á los numantinos la última esperanza.

Todavía intentaron los numantinos el último esfuerzo y mandaron una embajada á Scipión y el jefe de la expedición Huro le dijo: «¿Has visto alguna vez, oh Scipión, hombres tan bravos, tan resueltos tan constantes como los numantinos? Pues bien, estos mismos hombres son los que vienen á confesarse vencidos en tu presencia. ¿Qué más honor para ti que la gloria de haberlos vencido? En cuanto nosotros, no sobrevivimos á nuestra desgracia si no miráramos que rendimos las armas á un capitán como tú. Hoy que la fortuna nos abandona, venimos á buscarte. Imponenos condiciones que podamos admitir con honor; pero no nos destruyas. Si rehusas la vida á los que te la piden, sabrán morir combatiendo; si esquivas el combate, sabrán hundir en sus pechos sus propios aceros, antes que dejarse degollar por tus soldados. Ten corazón de hombre, Scipión, y que tu nombre no se afee con una mancha de sangre.» A una tan sentida y brillante peroración, respondía Scipión que no podía entrar en tratos mientras no depusiesen las armas y se entregaran á discreción.

Exasperó de tal modo á los numantinos esa respuesta y de tal modo les cegó la rabia que, queriendo desahogarla en alguien, degollaron á los legados que ellos mismos habían enviado. Aun que estenuados ya por la fatiga y el hambre, tomaron una gran cantidad de bebida fermentada que usaban para entrar en combate y se dirigieron al campo enemigo. acudieron éstos en gran número y la mayoría de los numantinos murieron matando en aquella lucha y los otros volvieron de nuevo á la ciudad.

El hambre se enseñoreaba de la ciudad; los muertos servían de pasto á los vivos, los fuertes prolongaban un poco más su vida á costa de los débiles y por último, viendo que era inútil ya toda resistencia y todo auxilio, recurrieron al tósigo, al fuego, al puñal, á todos los medios de muerte y destrucción. Allí hubo padres que mataron á sus hijos y luego se arrojaban al fuego ó se daban la muerte por algún otro medio, esposas que mataban á sus maridos y luego se mataban ellas y no solo se mataron todos sino que entregaron á las llamas, sus casas y sus alhajas, para que el vencedor no se lleve ni aún botín de aquella heroica ciudad. Cuando Scipión entró en Numancia, solo encontró: ¡Cadáveres, fuego, ceniza y ruinas!

Así acabó aquella guerra y de este modo murió aquel pueblo, pueblo de seis ó ocho mil habitantes, que supo tener en jaque por espacio de siete años á la gran república romana; que le derrotó cinco cónsules y otros tantos ejércitos, que llegó á infundir miedo á los ciudadanos romanos y que hizo necesaria la presencia de Scipión, un ejército de 60.000 hombres, grandes obras de fortificación y defensa y por último no atacar á la ciudad y si cercarla y atacar á los numantinos por hambre, es decir no vencerlos por la fuerza de las armas y si por la naturaleza que es en un todo superior á la del hombre. Si España no tuviese tantas glorias bastaría la de Numancia. Numancia dió un alto ejemplo de patriotismo y sintiendo todos sus hijos palpar dentro de sus pechos el santo amor á la libertad, prefirieron morir antes que entregarse al extranjero y si hoy al traves de los siglos, fuese posible resucitarlos y volver las cosas al estado que tenían cuando se dieron la muerte, no una, mil veces preferirían morir como entonces lo hicieron.

Admiremos pues á pueblos como Numancia que han sabido morir, antes que entregarse y bendigamos la sacrosanta libertad que es la que lleva á los hombres y á los pueblos á ejecutar actos que luego son la admiración de todo el mundo.

Numancia no debe nunca borrarse de la mente, no ya de ningún español sino de ningún hombre y deseemos todos el valor y resignación, que aquellos héroes tuvieron, para que si nos encontramos en la situación que ellos se vieron, podamos morir como ellos y diciendo Numancia, yo te saludo.

LUIS MARTINEZ JORDANA.

Varietades.

DOS MALAGUEÑAS.

«La pena y la que no es pena
Todo es pena para mí.
Ayer penaba por verte
Y hoy peno por que te vi.»